

**INSTITUTO DE EDUCACIÓN SUPERIOR PEDAGÓGICO “FEDERICO
KAISER”**

PROGRAMA ACADÉMICO DE EDUCACIÓN SECUNDARIA



“LA CARIDAD EN EL EDUCADOR”

ESPECIALIDAD: RELIGIÓN E HISTORIA

TESIS PARA OPTAR EL TITULO DE PROFESOR

SILVIA ALEJANDRA ARGE CHANCO

CARAVELÍ – 1995

DEDICATORIA

De Nuestro querido Padre Fundador

Excmo. Mons. Federico Kaiser MSC.

A nuestra muy amada Madre Cofundadora.

A nuestra Superiora General, Madre

María Trinidad MJVV;

Quienes guías del amor a Dios, a la

Iglesia y a las almas vivifican el

carisma de nuestra Congregación, con el

sello luminoso de la Caridad.

AGRADECIMIENTO

En primer lugar, elevamos nuestro agradecimiento a Dios, infinitamente Sabio, por habernos dejado a nuestra Santa Madre Iglesia, como Madre y Maestra en el camino que nos lleva hacia Él, para alcanzar la plenitud del Hombre Perfecto en Cristo.

A nuestros amados Padres Fundadores, por cuya intercesión, Dios nos ha brindado sus gracias celestiales.

Agradecemos a nuestra querida Congregación, que en la persona de nuestra muy Querida Madre Superiora General, Madre María Jacinta MJVV, nos ha brindado su abnegada ayuda y apoyo incondicional, siendo un privilegio contar con ella, sin la cual no hubiera sido posible realizar estos estudios.

También agradecemos a nuestra Madre Promotora de nuestro Instituto Superior Pedagógico Privado “Federico Kaiser”, Madre María Trinidad MJVV. Por su constante acompañamiento junto con nuestra Madre Directora, Madre María Jerónima MJVV.

INDICE

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTO

INTRODUCCION

CAPÍTULO I: LA CARIDAD

- 1.Excelencia de la caridad.
- 2.La caridad forma de las virtudes cristiana.
- 3.El precepto del amor al prójimo.
- 4.Las obras de la caridad.
- 5.Dinamismo fecundante de la caridad.
- 6.La caridad distintivo y vocación del cristiano

CAPÍTULO II ENSEÑANZA DE LA SAGRADA ESCRITURA

- 1.Antiguo Testamento
- 2.Nuevo Testamento

CAPÍTULO III LA CARIDAD EN EL EDUCADOR

- 1.El acto educativo.
- 2.El educador.
- 3.El educando.
- 4.La caridad virtud del educador.

INTRODUCCIÓN

Hablar de caridad en el educador, no es utopía alguna, aunque las generaciones modernas así lo crean. La caridad es, o al menos debe ser la manifestación de la labor docente; ésta debe caracterizar su profesión, pero lamentablemente se ve por todas partes, que la reina de las virtudes ha sido desterrada o completamente ignorada, lo cual le quita la moralidad a toda labor profesional. La educación cristiana no tiene razón de ser, sin la practica de esta virtud.

El amor debe imprimir cada acto educativo, a fin de buscar el perfeccionamiento del alumno a través de la comunicación bilateral. El alumno aprende de la persona del maestro; porque educar no es la simple transmisión de conocimientos y conceptos, es un servicio que se brinda, que se ofrece para la vida misma, ya que va al interior del hombre para desarrollar sus facultades.

La caridad hace al docente sincero consigo mismo y con los demás, de allí la gran importancia de desarrollar en su plenitud esta virtud.

Toda labor educativa que lleva consigo la impronta de esta virtud, queda purificada de los fines lucrativos y de todo interés personal.

En el docente, la excelencia de esta virtud es parte inherente de su labor educadora; sin embargo, vemos con no poca tristeza, que en su gran mayoría, la práctica de esta virtud ha decaído en gran medida.

Frente a la realidad expuesta, hemos querido realizar este trabajo sobre la virtud de la caridad, a fin de revalorar su importancia en la labor docente, y a través de ella, a toda la humanidad tan necesitada de la mutua caridad.

Para el logro del fin expuesto, hemos creído conveniente desarrollar el presente trabajo en tres capítulos: En el primero veremos la virtud de la caridad, su excelencia y dinamismo; así mismo su manifestación externa, a través de las obras de misericordia.

En el segundo capítulo trataremos sobre la fundamentación de la caridad, en base a la Sagrada Escritura, tanto del Antiguo Testamento, como del Nuevo Testamento.

En el Tercer capítulo expondremos la importancia que adquiere la práctica de esta virtud, en la labor educativa, centrándonos de una manera especial en el maestro, como agente educador.

Para el desarrollo de este trabajo, ha sido la Sagrada Biblia, la principal fuente de información, tanto la versión de la Biblia de Jerusalén, como la Biblia Comentada, texto de Nacar Colunga.

Agradecemos a todas nuestras hermanas, que con su ayuda generosa, han hecho posible la realización de este trabajo. De manera especial a nuestra querida madre Cofundadora, que con sus palabras alentadoras me permitieron terminar la obra emprendida; y a nuestra Superiora General, Madre María Trinidad MJVV., por habernos permitido participar en este curso de Complementación Pedagógica.

CAPÍTULO I

LA CARIDAD

Es imposible que exista verdadera educación, sin caridad. El apóstol San Juan nos confirma esta verdad: “El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es caridad” (1Jn.4,8). Esta virtud excelsa, ha de hacerse visible en el futuro educador, siendo él, la persona indicada para guiar y orientar al educando por medio de la caridad, la transmisora de la cultura, amor y ejemplo.

La virtud predilecta del educador debe ser: la “Caridad”. Para esto debe conocer y amar a sus semejantes, haciéndose uno con ellos (Cf. 1co.9,22)., imitando a Jesucristo, el Maestro ideal, que se compadece de todos. Consideremos pues este amor sincero a nuestros hermanos, desarrollándolo, como educadores, en nosotros mismos.

En el primer capítulo hablaremos sobre la caridad: su excelencia; el precepto del amor al prójimo; las obras de la caridad; el dinamismo fecundante de la misma, para lograr mayores alcances en la formación del educando.

1.1. EXCELENCIA DE LA CARIDAD.-

El mayor mandamiento, es decir, el de mayor dignidad, que viste de púrpura, y precede a todas las demás virtudes, es la caridad. La caridad no acaba nunca. Desaparecerá la ciencia; desaparecerán las profecías; porque parcial es nuestra ciencia y parcial nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto desaparecerá lo parcial(Cf.1Co.13,2-10).

“La caridad es por tanto la ley en su plenitud”(Ro.13,10). Todo otro deber de obligación le queda supeditado. “Es el primero y los demás van en pos de él, alineados bajo su insignia. Es el más grande porque durará por siempre. Urge por que no tendrá fin, ni tiene tregua. El mayor en dificultad, el mayor en facilidad. El que antes se empieza a cumplir, y el que

nunca acabamos de satisfacer. Es como norte: hasta que demos un paso en esa dirección para que su rostro se nos ofrezca propicio; y aunque andemos cien mil leguas, nunca habremos llegado a él. Y , mientras caminamos, nos es tan próximo como el báculo que nos sostiene; nos es tan lejano como la misma estrella polar”¹.

“Supone este mandamiento que nuestro amor a Dios debe significar mucho más que una mera complacencia en el bien, exige donación, entrega, pues se refiere a un bien que es una persona. Exige algo más que puro sentimiento, ya que éste si es auténtico, impele a las obras. Requiere algo más que una pasiva contemplación del objeto amado; puesto que el objeto que amamos es una persona capaz de hacer oír su voz e imponer su voluntad”.

Exige igualmente algo más que la perseverancia en el amor: reclama un progreso, un desarrollo, una aspiración a amar cada día más. Si la esencia de la vida, es desear más vida; la del amor es, no contentarse con el amor presente.

Podemos pues, hablar del mandamiento del amor. Un mandamiento, es cierto, harto particular, pues más que hacer al hombre sujeto de determinadas obligaciones, hace al hombre entero, objeto de ese mandamiento.

Por eso, no amaría cristianamente a Dios quien preguntarse, deseoso de conocer dónde termina su obligación, por los límites del mandamiento².

1.2 LA CARIDAD, “FORMA” DE LAS VIRTUDES CRISTIANAS

Otro aspecto de la fecundidad de la caridad, es su condición vital en todas las virtudes cristianas. Los teólogos se han esforzado en aplicar a la caridad la idea de forma. El contenido esencial lo ofrece La Sagrada Escritura: “Aspirad a los carismas superiores”, y

¹ J. CABODEVILLA, Carta de la caridad, Católica, Madrid 1966, p.175.

² IBIDEM, p.1775.

aún os voy a mostrar un camino excelente(...), aunque tuviera el don de profecía y conocier todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy”(1Co.12,31ss). Se trata de precisar, cual es el influjo perfectivo que la caridad ejerce es las virtudes cristianas, cómo lo realiza. El mérito de las demás también dependen de ella. El principio de la solución de estos problemas lo fijan los teólogos en la doctrina de la forma, que en su significación metafísica, es la que perfecciona el ser, y, en su aplicación teológica, se concreta en la actuación y perfección que la caridad da a las virtudes cristiana. La mayor dificultad que encuentra la teoría de la caridad, “forma” de las virtudes, consiste en que cada virtud posee una forma propia esencial. Cómo puede ser la caridad, forma de las virtudes; consiste en que cada virtud posee una forma propia esencial. Al especificarse o diferenciarse cada virtud, por su propia forma en las virtudes cristianas en este sentido, las informa. “La caridad ordena los actos de todas las virtudes al último fin, por eso da la forma a los actos de las virtudes”³.

En estas breves palabras condensa S. Tomás de Aquino la teoría de la caridad, forma de las virtudes: “La caridad se dice que es forma de las demás virtudes, no ejemplar o esencialmente, sino, eficientemente, en cuanto impone a todas el orden dinámico al fin último, que es el objeto propio de la caridad”⁴.

Por otra parte, la caridad infunde a las otras virtudes una sabia fecunda; las dinamiza, las vitaliza. San Pablo dice: Los cristianos, están arraigados y cimentados en la caridad (Cf. Ef.3,17). Así ella es el fundamento y la raíz en que se sustentan y nutren todas las virtudes cristianas. El origen y fin de todos los esfuerzos. “La caridad se llama fin de las virtudes porque las ordena a su fin. Y, pues, madre, es quien concibe a otro, en este sentido, se llama

³ S. Th., q.23,a8.

⁴ IBIDEM., q.23,a8.

madre de las virtudes porque el apetito del fin último produce los actos de las virtudes imperándolos”⁵. De allí también el nombre de reina de las virtudes.

“La distancia entre actos ilícitos y actos imperados complementa la teoría de la forma de las virtudes; porque toda virtud al especificarse su propia forma y objeto propios, produce actos específicos que se llaman ilícitos, pero la caridad, al informarlos de modo indicado, los ordena a su propio fin, les da o comunica su propia especie, los manda por tanto. EL Acto virtuoso es lícito o procedente de la propia virtud, por un lado, y, por otro, imperado por la caridad. “Cuando el acto de virtud se ordena al fin de otra, participa en alguna forma de su especie”⁶.

1.3. EL PRECEPTO DEL AMOR AL PRÓJIMO

En la Sagrada Escritura no existe un precepto tan inculcado como el amor al prójimo. Ya en el Antiguo Testamento se encuentran varios textos alusivos: “Cuando puedas acude a tu prójimo y con los sabios aconséjate, con los inteligentes ten conversación y tus charlas versen sobre la Ley del Altísimo”(Eclo.9,14-15). Ellos, entendían por prójimo al compatriota o al amigo. En el Nuevo Testamento, se habla claramente de la necesidad de amar incluso al enemigo y al extranjero, dando con ello al concepto de prójimo toda su magnitud y extensión universal: “Habéis oído que se dijo: Amarás al prójimo y odiarás a tu enemigo. Pues yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen”(Mt. 6,43-44). El concepto de caridad para con el prójimo tiene extensión absolutamente universal. Abarca a todos los hombres del mundo sin excepción: buenos y malos, amigos y enemigos cristianos y paganos. No se puede excluir absolutamente a nadie sin destruir la misma.

⁵ IBIDEM, q.23, a8. ad.3.

⁶ IBIDEM, q.23, a.8.

Si alguno extiende su caridad a todos los hombres del mundo, excepto a uno sólo, al que excluye positivamente, cometería un pecado mortal, que destruiría automáticamente la virtud de la caridad en su misma raíz⁷.

¿Cuál es la razón? Decimos: como virtud teologal, el motivo formal de la caridad es la bondad infinita de Dios en sí misma considerada: Amor de Dios. En cuanto participada o participable sobrenaturalmente por el hombre mediante la gracia divina y la gloria futura: El amor al prójimo. Y como no hay ni puede haber un solo hombre, mientras viva en este mundo, que no participe actualmente o en potencia de la bondad infinita de Dios, mediante la gracia y la futura gloria, ya que Dios no excluye absolutamente a ningún hombre que viva todavía en este mundo, aunque fuera perverso.

Solamente están excluidos de la caridad sobrenatural los demonios y condenados del infierno, que han perdido para siempre, por su propia culpa, la esperanza de alcanzar algún día la gracia de Dios y la bienaventuranza entena⁸.

Lo cual no quiere decir que tengamos obligación de amar a todos y a cada uno de los hombres del mundo en particular –sería materialmente imposible-, sino, de amarlos a todos, en general y no excluir en particular absolutamente a nadie, aunque se trate de mayor de nuestros enemigos⁹.

Por la misma razón hay que amar también con amor de caridad también a los ángeles y bienaventurados del cielo –que ya gozan de la gloria eterna- y a las benditas almas del purgatorio, que las alcanzarán infaliblemente al término de su purificación. La caridad es

⁷ Cf. IBIDEM., q.25, a.1. y 8.

⁸ IBIDEM, q.23, 1y5; 25, 6.8 y II.

⁹ Cf. IBIDEM., q.25, 8y9.

hilo telefónico de otro que pone en comunicación entrañable, los tres estadios de la Iglesia única de Cristo: la militante, purgante y triunfante, o sea la tierra, el purgatorio y el cielo¹⁰.

Los motivos que nos impulsan a amar al prójimo con amor sobrenatural de caridad son:

a) El precepto de Dios. El primer motivo que debe impulsarnos a amar al prójimo con amor de caridad es el expreso y formal mandato de Dios.

b) La Divina Bondad reflejada en el prójimo. Es esta, como ya dijimos, la razón o motivo formal de la caridad para con el prójimo por cualquier otro motivo o razón formal, (v.gr., por ser un familiar o compatriota nuestro), no le amamos con amor de caridad, ya que falta el motivo teologal, que constituye una misma esencia. La caridad es una virtud sobrenatural en especie átoma o indivisible: La Divina Bondad reflejada en sí misma o reflejada en el prójimo y en nosotros mismos.

En este sentido no hay hombre tan malo y perverso en el que no se refleje de alguna manera la Divina Bonda. En todo malhechor hay un santo en potencia, y mientras viva en este mundo no es del todo imposible que llegue a serlo. Hay que amar en el prójimo al Dios que ya se posee, o al que puede llegar a poseer¹¹.

c) La presencia de Cristo en el prójimo. Es decir, en el más próximo, y en él hemos de ver al mismo Cristo, en acto o en potencia.

Los mismos herejes y paganos son miembros de Cristo en potencia y, por lo mismo, se hacen perfectamente acreedores a nuestro amor de caridad. Más aún, únicamente si en la persona del prójimo vemos a Cristo, estaremos dentro del campo y zona de influencia de la caridad evangélica: “A mí me lo hicisteis”(Mt.25,40).

¹⁰ Cf. IBIDEM., q.25, 10.

¹¹ Cf. IBIDEM., q.25, 1.

d) Nuestra común filiación adoptiva. La gracia santificante, es un don divino que nos hace hijos de Dios y herederos de la gloria. La gracia convierte a todos los que la poseen, en verdaderos hermanos, hijos de un mismo Padre, que está en los cielos. La unidad de naturaleza nos hacía ya, hermanos de Dios Creador, quedando elevada a una altura sublime por la gracia santificante, que nos hace verdaderos hermanos en Cristo. Y aunque es cierto que muchos hombres no poseen actualmente la gracia, pueden llegar a alcanzarla, y son, por consiguiente, hermanos nuestros en potencia aún en el orden sobrenatural.

De donde se sigue que el mayor acto de caridad que podemos realizar a favor del prójimo es ayudarlo a alcanzar la gracia de Dios (v.gr. incitándole al arrepentimiento de sus pecados) cuando tiene la inmensa desgracia de estar privado de ella.

e) Nuestro común destino final. El fundamento de la caridad sobrenatural, es la comunicación de la eterna bienaventuranza, a la cual está llamado todo género humano, elevado al orden de la gracia y la gloria, y redimido con la sangre preciosa de Cristo. No hay ningún hombre que esté excluido de este sublime destino, mientras viva en este mundo. Por lo mismo, a todos sin excepción ha de extenderse nuestra caridad sobrenatural.

1.4. LAS OBRAS DE CARIDAD.-

Las principales obras de caridad que podemos ejercer en beneficio de los demás, están contenidas en las catorce obras de misericordia: siete espirituales y siete corporales.

A.Obras corporales de misericordia:

1. Visitar a los enfermos. Es una obra grande de caridad, sobre todo cuando se trata de una enfermedad larga y penosa, de un enfermo que está en la cama de un hospital, y ve transcurrir los días, las semanas, y los meses sin recibir la visita de un amigo; o una muestra de atención que le sirva de consuelo.

Jesús al describir el juicio final, habla de la importancia de esta obra de caridad para alcanzar la patria celestial y nos dice: Estuve enfermo y me visitasteis(Cf. Mt.25,36). Tratándose de un enfermo pobre-representación de Cristo doliente-, el consuelo de la visita adquiere ante Dios, quilates de oro. Cuando va acompañada, del socorro material: la medicina, alimentos, regalos, etc., animará y alegrará al enfermo.

La mayor obra de caridad que puede realizarse con un enfermo grave, sin esperanza de curación, consiste en prepararle para morir cristianamente. La salvación del alma vale más, que los tesoros de la tierra. Con razón dice el apóstol Santiago: quien salva un alma tiene salvada la suya (Cf. St.6,20).

2. Dar de comer al hambriento. Cuántos hermanos nuestros pasan hambre no disponen de los alimentos necesarios para vivir. Y lo grave del caso, desde el punto de vista económico, es que la tierra produce lo suficiente para abastecer a todo el género humano. Si los bienes de este mundo estuvieran bien distribuidos, el problema del hambre no existiría y desaparecería.

La solución cristiana a esta calamidad, la da la Iglesia, en forma clara e insistentemente a partir del Papa Pío XII, con la Encíclica Rerum Novarum, exige la restauración de una verdadera justicia social perfeccionada con una entrañable caridad entre todos los hombres. Solo el amor podrá realizar este milagro; no la violencia ni la imposición del más fuerte. Cuando acertamos a ver en nuestro prójimo hambriento a un hermano que sufre, a un miembro doliente de Cristo, la ayuda generosa y espléndida brotará espontáneamente como un imperativo, de la justicia ciertamente, pero también como una dulce exigencia de la caridad cristiana: “Tuve hambre y me diste de comer”(Mt.25,35). Sólo el amor puede acercar definitivamente los corazones o transformar este mundo de hoy que vive en la indiferencia y el egoísmo.

3. Dar de beber al sediento. Esta obra es más fácil que la anterior, pero no deja de tener su mérito cuando se practica por verdadera caridad. “Todo aquel que os dé de beber un vaso de agua por el hecho de que sois de Cristo, os aseguro que no perderá su recompensa”(Mc.3,41); “Venid, benditos de mi Padre..., porque tuve sed y me disteis de beber”(Mt. 25,35). Para que esta buena acción tenga mérito ante Dios, hay que practicarla por amor a El, es decir por el motivo formal de la virtud de la caridad.

4. Vestir al desnudo. Cuánta gente pobre, se ve todavía en el mundo, cubierta apenas con unos miserables harapos, del todo insuficientes para defenderse de las inclemencias del tiempo, del frío, de la lluvia; y encontrarse con este triste espectáculo, el lujo insaciable, los caprichos de la moda, la continua renovación de trajes, zapatos, joyas, etc.; con la mitad de lo que se derrocha se podría vestir decentemente a varias familias pobres. Es necesario cambiar de actitud para ser felices: haciendo felices a otros; para que Cristo no diga:”Apartaos de mí malditos... porque estuve desnudo, y no me vestisteis” (Mt.25,43). Es preciso revisar a fondo nuestro catolicismo, si queremos evitamos tremendas sorpresas a la hora de la cuenta definitiva.

5. Dar posada al peregrino. El problema de la vivienda, s es otro de los más agudos y angustiosos del mundo de hoy.

Es casi normal que una habitación sea compartida por cuatro o más personas, a veces de diferentes sexos, estado y condición social. Otras no pueden contraer matrimonio, estando en edad para ello, por falta de vivienda adecuada. Asusta pensar en las consecuencias de orden social y moral que tras consigo la carencia de lo necesario para vivir dignamente. La solución del problema es muy complejo. Tiene que ser resultado de una acción conjunta intensa y organizada de: el estado, de las empresas privadas, y de toda la sociedad en general;; será un trabajo arduo, pero esta caridad ayudará a mejorar, en la medida de su

alcance, las condiciones de vida de muchos hermanos en Cristo, y El les dirá : “Venid benditos de mi Padre... porque era forastero y me acogisteis” (Mt. 25,35).

6. Redimir al cautivo.

En la Edad Media esta obra de misericordia era una de las más emocionantes, al rescatar de la esclavitud a los infelices cristianos que caían cautivos de los piratas o musulmanes. Hoy las cosas han cambiado; pero la realidad encuentra amplio campo para ejercitarse visitando y consolando a los presos en las cárceles y estableciendo les: “Estuve preso y me visitasteis” (Mt.25,36). Muchos de ellos más que verdaderos delincuentes, son las primeras víctimas de una organización social injusta y anticristiana, que les arroja en brazos de la desesperación, el robo, el crimen y la violencia. Visitándoles con cariño, se puede rescatar el alma –que vale infinitamente más que el cuerpo y rehabilitarles, de tal suerte que vuelvan a la sociedad como miembros útiles y sanos.

Otra gran obra de caridad es redimir económicamente a los que están esclavizados por las garras del interés sobre el dinero. Este pecado clama justicia al cielo. El Papa Pío XII, habla enérgicamente, contra este crimen y el de los que, por torpe lucro, suben los precios de los alimentos y artículos de primera necesidad. “Que nadie de vosotros pertenezca al número de aquellos que, en la inmensa calamidad en que ha caído la familia human, no ven sino una ocasión propicia para enriquecerse inicuaamente, tomando pie de la miseria de sus hermanos y aumentando los precios para obtener lucro escandaloso. ¡Contemplad vuestras manos!. Están manchadas de sangre, de la sangre de las viudas y de los huérfanos, de los niños y adolescentes, de los impedidos o retrasados en su desarrollo por falta de nutrición y por el hambre; de la sangre de miles y miles de infortunados de todas las clases del pueblo

que derramaron los carniceros con su innoble traficación. Esta sangre, como la de Abel, clama al cielo, contra los nuevos caínes”¹²

7. Enterrar a los muertos. El cadáver de un cristiano es una reliquia sagrada. Durante su vida fue templo del Espíritu Santo (1Co.6,19)., y un día resucitará glorioso para ser eternamente bienaventurado(1Tes.4,13ss). Pero de momento su aspecto causa horror, y es una obra de misericordia retirarlos de la vista de los hombres y darles cristiana sepultura.

Para ejercitar esta obra de caridad, no es necesario enterrar por sí mismo a los muertos, para eso hay personas especializadas; pero tratándose de un pobre declarado o vergonzante, se puede ayudar a la familia costeadando en todo o en parte los gastos del entierro, luto, funerales, etc.; las muestras de compasión y de afecto ante el cadáver de un ser querido, llegan a lo más hondo del alma y su recuerdo no se borrará jamás del corazón agradecido.

B. Obras espirituales de misericordia:

1. Enseñar al que no sabe. Es una estupenda obra de caridad, que Dios recompensará con largueza. Puede ejercitarse por amor de Dios aún en lo relativo a la cultura humana, enseñando a leer al obrero, campesino, o al empleado de servicio; sobre todo en el orden sobrenatural, enseñando el camino al cielo a tantos que lo ignoran. Las formas de ejecutarla son variadísimas: actuando de catequistas en los catecismos parroquiales, publicando o propagando libros, folletos, revistas, etc., que educan y elevando el nivel de cultura y moralización.

La inmensa mayoría de los hombres carentes de cultura y personalidad no saben discurrir por cuenta propia a cerca de los grandes problemas de la vida. Utilizar medios modernos como: radio, televisión, etc., para la propaganda y difusión de la verdad, es uno de los más

¹² Pío XII: AAS, n.37.

excelentes y eficaces actos de caridad cristiana que podemos realizar en beneficio del prójimo.

2. Dar buen consejo al que lo necesita, aprender a discernir y a obrar con rectitud de conciencia. Los jóvenes con frecuencia obran irreflexiblemente, por falta de orientación.

Un buen consejo, una palabra amable dada en tiempo oportuno, puede iluminar la razón, abrir horizontes desconocidos a la generosidad latente de una inteligencia y un corazón desorientado. La Santa Iglesia invoca a la Virgen como a la Madre del Buen Consejo, porque confía en la sabiduría y prudencia de la Madre de Jesús.

3. Corregir al que yerra. La corrección fraterna, o sea la advertencia cariñosa y privada hecha al prójimo culpable, para apartarle de su mal camino, es una de las grandes obras de misericordia que se puede practicar en su favor. Esta importantísima obra de misericordia advierte lo siguiente:

-Que la corrección fraterna es obligatoria por derecho natural y derecho divino positivo (Mt.18,15-17).

-Que su materia son los pecados ya cometidos, o los futuros que con ella se pudiera evitar.

-Que debe hacerse por cualquiera que pueda influir eficazmente en el prójimo culpable, ya sea superior o inferior o de igual condición social.

-Que para que sea conveniente y obligatoria ha de ser necesaria, posible y oportuna.

-Hay que hacerla en forma muy caritativa, paciente, humilde, prudente, discreta y delicada.

No se trata de humillar al corregido, sino ayudarle a salir de su mal estado o estimularle a ser mejor.

4. Perdonar las injurias. Es otra de las grandes obras de misericordia para con el prójimo y quizá la más necesaria e indispensable de todas. El mismo Cristo nos dice claramente en el Evangelio, que seremos medidos por Dios con la misma medida que empleemos con el

prójimo (Lc.6,38). El que no perdona a su prójimo puede acarrear a sí mismo el daño terrible de la eterna condenación (Mt.6,14).

Cristo nos dio ejemplo sublime en el perdón de las ofensas. El Evangelio es una historia interrumpida del perdón generoso que otorga a toda clase de pecadores: la samaritana, la mujer adúltera, Zaqueo, María Magdalena, Pedro, el buen ladrón, el paralítico, y tantos otros más. Cristo llegó a ofrecer su perdón al propio Judas (Mt.26,50). No concibe el caso de rechazar a un pecador arrepentido, habiendo prometido expresamente que jamás lo rechazaría “Al que viene a mí, yo no lo rechazaré” (Jn.6,37).

Esta conducta emocionante de Nuestro Señor , ha de impulsarnos a otorgar nuestro perdón pleno, total y absoluto, a cualquier que nos haya ofendido, cualquiera que sea la ofensa. Los santos gozaban perdonando a sus enemigos, venciendo de esta manera su voluntad, por amor a Cristo. El Santo Cura de Ars respondió inmediatamente a un agresor que acababa de darle una bofetada: “amigo, la otra mejilla tendrá celos”. Santa Goretti perdonó a su enemigo en el mismo instante en que éste trataba de matarla a puñaladas.

No olvidemos que el Señor, condiciona el perdón de nuestros propios pecados, al perdón generoso y total que otorguemos nosotros al prójimo.

5. Consolar al triste. La tristeza es una pasión que se experimenta ante la presencia de un mal que ha caído sobre nosotros. Y aunque por la naturaleza misma de muchos de los males que nos afligen: En una enfermedad dolorosa e incurable, el prójimo está imposibilitado de poner el remedio oportuno y eficaz. Representada siempre un consuelo para el que sufre ver que alguien se interese por él y le compadece y acompaña en su dolor.

El egoísmo indiferente de unos, causa la miseria y tristeza de otros, por la falta de amor misericordioso. Algunos han perdido la ilusión de vivir y viven sepultados en una tristeza y abatimiento mortales. Unas palabras cariñosas y amables brotadas de lo íntimo del corazón,

pueden devolver la paz y la alegría de la vida, a muchas personas; y sobre todo si el consolador se inspira en motivos sobrenaturales. No hay consuelo más radical que el que brota de las verdades de la fe y tiene por fundamento las perspectivas deslumbradoras de la esperanza cristiana en la eterna bienaventuranza..

6. Sufrir con paciencia los defectos de nuestro prójimo. La paciencia es una virtud indispensable para poder vivir pacíficamente con nuestro prójimo, ya sea en el hogar, centros educativos, centros de trabajo, etc.; todos tenemos defectos que molestan a nuestros prójimos y es preciso que sepamos tolerarnos mutuamente, si no queremos convertir la vida social en una continua ocasión de amarguras y disgusto. San Pablo insiste en la necesidad de “soportarnos los unos a los otros con caridad, solícitos de conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz”(Ef.4,2)

7. Rogar a Dios por los vivos y los difuntos. Es evidente que la mayoría de los hombres podemos ejercer nuestra caridad mediante la oración. El rezar por los vivos y los difuntos, no sólo es una excelente obra de misericordia, sino también una exigencia necesaria de la caridad cristiana.

Con relación a los vivos hemos de rogar especialmente por los más necesitados (los paganos, herejes, pecadores, los moribundos, etc.), y los más próximos a nosotros (parientes, amigos, compatriotas). Hemos de orar también por nuestros bienhechores, e incluso por nuestros mismos enemigos, para ejercer con ellos la sublime venganza del cristiano: devolver bien por mal.

Con relación a las almas de purgatorio, hemos de ofrecer nuestras oraciones y sufragios por todas en general, pero de una manera especial, por nuestros familiares y amigos, y por aquellos que quizá estén allí por los malos ejemplos que de nosotros recibieron ¹³.

1.5. DINAMISMO FECUNDANTE DE LA CARIDAD.-

La ley fundamental del Antiguo Testamento es: “Amarás a Yahvéh, tu Dios , con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza y llevarás muy dentro de ti este mandamiento, inculcáselos a tus hijos, y, cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. Atátelos a tus manos, para que te sirvan de señal, pónelos en la frente, entre tus ojos; escríbelos en los postes de tu casa y tus puertas” (Dt.6,5ss). “Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lev.19,18). Cuando un escriba le pregunta a Jesús: “Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande la Ley?. La respuesta no tiene alternativa: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda el alma y con toda tu mente. Este es el más grande y primer mandamiento” (Mt.22,36). El segundo es semejante al primero: “Amarás al prójimo como a ti mismo”. Y concluye: “De estos dos preceptos penden toda la ley y los profetas” (Mt. 22,39)

En efecto, la Nueva Ley será, ante todo, Ley del amor. Jesús en el Sermón del Monte dijo a sus discípulos: “Ya no os llamo siervos sino amigos. Esto os mando: que os améis unos a otros, como yo os he amado. El que me ama a mí, será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él”(Jn.15,15ss). La máxima manifestación del amor de Cristo, es la institución del Sacramento del Amor; El mismo se quiere quedar con nosotros en la Eucaristía.

El amor al prójimo cae dentro del radio de acción de la caridad, como una consecuencia del amor a Dios Los evangelistas transmiten esta característica de la religión cristiana de un

¹³ Cf. A. ROYO MARIN, Jesucristo y la vida cristiana, Católica, Madrid 1961, p.553 ss.

modo claro y preciso. La parábola del Buen Samaritano concreta, de manera intuitiva, quien es el prójimo (Lc. 10,25ss); S. Mateo completa el cuadro en el relato del juicio final; la caridad es norma suprema de la vida cristiana, y será también regla por la que Cristo-Juez juzgará a vivos y muertos: el prójimo es otro Cristo (Cf. Mt.25,35ss).

La catequesis apostólica insiste en la ley esencial de caridad: la “Ley Rgia” la llama Santiago (Cf.S.2,8); “fin del Evangelio”, subraya S. Pablo en 1Tim.1,5. La Didajé la presenta como “el camino de la vida” San Agustín explica toda la historia de la Salvación a la luz de la caridad. Es por tanto justa la inducción del Doctor Angélico: “La ley del Evangelio es la ley del amor”¹⁴.

1.6.LA CARIDAD, DISTINTIVO Y VOCACIÓN DEL CRISTIANO

Recapitulando la anterior exposición, podemos deducir dos conclusiones de máxima importancia:

- A. La caridad es el distintivo del cristiano.
- b. La caridad es la vocación del cristiano.

Diríamos que la primera no necesita comentario, ya que es lo máximo del cristiano. La segunda nos pone ante una interrogante vital; ¿está llamado el cristiano a una caridad perfecta?, ¿Hay en todo cristiano una clara vocación a la santidad?; la respuesta de la tradición literaria o viva, ahondó en tan estimulante principio. En la época moderna se enturbió bastante esta doctrina y tuvo necesidad de ser redescubierta en nuestros días. El Concilio Vaticano II la ha promulgado de nuevo en el capítulo cuarto de la Lumen Gentium. La santidad no es sólo una posibilidad del cristiano; es una vocación, una exigencia. “Fluye de ahí la clara consecuencia de que todos los fieles, de cualquier estado o

¹⁴ S. TH., 2-2 q.108 a.3.

régimen de vida, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad”¹⁵.

Tenemos así que “quedan, pues, invitados y aún obligados todos los fieles cristianos a buscar la santidad y la perfección de su propio estado. Vigilen por tanto, no sea que en el uso de las cosas de este mundo y en el apego a las riquezas encuentren un obstáculo que les aparte contra el espíritu de pobreza evangélica, de la búsqueda de la perfecta caridad”¹⁶.

“El que no ama, no conoce a Dios, porque Dios es caridad”(1Jn.4,8). “La caridad es el corazón de la vida cristiana. Gracias a ella circula por las venas de todas las virtudes la sangre divina de la gracia, la vitalidad misma de Dios, que nutre y perfecciona la vida nueva de sus hijos”¹⁷.

¹⁵ LG, n.40.

¹⁶ IBIDEM., n.42.

¹⁷ M. LLAMERA, Tratado de la caridad en introducción a la q.23 en S. Th.Católica, Madrid 1955, T.VII., p.705.

CAPÍTULO II
ENSEÑANZA DE LA
SAGRADA ESCRITURA

En el capítulo anterior hemos visto que la reina de todas las virtudes es la caridad. Una manifestación de esta virtud reina es, precisamente, la educación: “instruir al ignorante”.

La mejor educación que se le puede brindar al ser humano, es aquella que ilumina no sólo el entendimiento, sino que busca la perfección del espíritu. Nos parece que para tan sublime tarea, el libro egregio será la Santa Biblia. Porque como dice el refrán: “dime con quien andas y te diré quien eres”, o “cual libro leemos, tal vida hacemos”; al familiarizarnos con la Sagrada Escritura, no podremos menos que admirar e imitar a aquellos hombres bíblicos, hombres de fe, cuya personalidad ha sido acrisolada en el fiel cumplimiento de la voluntad de Dios.

Estudiaremos ahora, en el Libro Rey, la enseñanza divina acerca de la educación y de la virtud de la caridad. Nuestra exposición no pretende ser exhaustiva, es decir copilar todos los pasajes escriturísticos al respecto; citaremos sólo aquellos que nos han parecido más importantes.

Dividiremos este capítulo en dos grandes secciones: La enseñanza del Antiguo y Nuevo Testamento, respectivamente.

2.1. ANTIGUO TESTAMENTO

El A. Testamento subraya repetidamente que la obligación más importante de los padres, es la educación de los hijos. A su vez estos deben obediencia a sus padres, sólo así se alcanzará la felicidad hogareña. El amor o caridad se encuentran en la base de la obligación de los padres y de los hijos.

Pro.4,1-6

“Escuchad, hijos la instrucción del padre, estad atentos para aprender inteligencia, porque es buena la doctrina que os enseñó; no abandonéis mi lección. También yo fui hijo para mi

padre, tierno y querido a los ojos de mi madre. El me enseñaba y me decía: sujeta mis palabras en tu corazón, guarda mis mandamientos y vivirás.

Adquiere la sabiduría, adquiere la inteligencia, no la olvides, no te apartes de los dichos de mi boca. No la abandones y ella te guardará, ámala y ella será tu defensa.

En la tarea educativa, adquiere la inteligencia, no la olvides, no te apartes de los dichos de mi boca. No la abandones y ella te guardará, ámala y ella será tu defensa.

En la tarea educativa se recomienda a los padres severidad. Cabe anotar que la severidad no se opone a la caridad, al contrario, nace de ella. La excesiva indulgencia sería perjudicial para los mismos hijos y los padres se hacen acreedores del castigo:

Pro.10,1

“El hijo sabio es la alegría de su padre, el hijo necio entristece a su madre”.

Pro.1,8

“Escucha hijo mío la instrucción de tu padre y no desprecies la instrucción de tu madre”.

Eclo. 8,8

“No desdeñes lo que narran los sabios, vuelve a menudo a sus proverbios, que de ellos aprenderás doctrina y el modo de vivir”.

Eclo. 8,9

“¿Tienes hijos? Adoctrínalos, doblega su cerviz desde su juventud”.

- La vara de la disciplina no debe olvidar que:

Pr.10,10

“Quien reprende a la cara, proporciona paz”.

Pr.13,1

“El hijo sabio ama la instrucción, el arrogante no escucha la reprensión”.

Pr.22,17-18

“Presta oído y escucha mis palabras, y aplica tu corazón a la ciencia, porque te será dulce guárdalas en tu corazón, y tener todas a punto en tus labios”.

Pr. 29,17

“Corrige a tu hijo y te dejará tranquilo, y hará las delicias de tu alma”.

Eclo.22,6

“Azote y corrección siempre son sabiduría”.

1Sm. 3,13

“Tú le anunciarás que yo condeno su casa para siempre, porque sabía que sus hijos vilependiaban a Dios y no los ha corregido.

El fundamento de la educación era el respeto y la veneración hacia la autoridad paterna, y el objeto principal, el temor de Dios como punto de partida y como suma de toda sabiduría”. Así tenemos:

Sal.111,10

“Principio del saber, el temor de Yahvéh; muy cuerdo todos los que lo practican. Su alabanza por siempre permanece”.

Pro. 1,7

“El temor de Yahvéh, es el principio de la ciencia; los necios desprecian la sabiduría y la instrucción”.

Dt.4,5-6

“Mirad como Yahvéh mi Dios me ha ordenado yo os enseño preceptos y normas para que los pongáis en práctica en la tierra en que vais a entrar para tomarla en posesión. Guardadlos y practicadlos, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos que, cuando tenga noticias de todos estos preceptos dirán: “cierto que esta nación es un pueblo sabio e inteligente”.

Dt.8,5-6

“Date cuenta, pues, de que Yahvéh tu Dios te corregía como un hombre corrige a su hijo, y guarda los mandamientos de Yahvéh tu Dios siguiendo sus caminos y temiéndole”.

Eclo.2,15

“Los que temen al Señor no desobedecen sus palabras, los que la aman guardan sus caminos”.

Pro.10,17

“Senda de vida guardar las instrucciones, quien desatiende la reprensión es tonto”.

Pro.13,1

“El hijo sabio ama la instrucción, el arrogante no escucha la reprensión”.

Pr.14,16

“El sabio teme al mal y de él se aparta, el necio es presuntuoso y confiado”

Pr.15,10

“Corrección severa a quien deja el camino; el que odia la reprensión perecerá”

Pr.15,32

“Quien deja la corrección se desprecia a sí mismo, quien escucha la reprensión adquiere sensatez”.

Pr.18,15

“Corazón inteligente adquiere ciencia, el oído de los sabios busca la ciencia”.

Pr.23,23

“Adquiere la verdad y no la vendas: la sabiduría, la instrucción, la inteligencia”.

Pr.23,24

“El padre del justo rebosa de gozo, quien engendra un sabio por el se regocija”.

Pr.23,25

“¡Se tú la alegría de tu padre, y el gozo de la que te engendró!”.

Tob.4,14

“Pon cuidado hijo, en todas tus acciones y muéstrate educado en toda tu conducta. No hagas a nadie lo que no quieres que te hagan”.

En el Antiguo Testamento, Dios se ha servido de la educación paterna, sobre todo en su aspecto de severa disciplina a base de instrucciones, acompañadas de amonestaciones y castigos, como de una comparación para ilustrar su amor gratuito y fue, hacia Israel, hijo reacio y díscolo. En esta perspectiva los castigos, que cada cierto caen sobre Israel por su idolatría, no son sino la rígida disciplina de Dios para volver a este pueblo al buen camino y a la práctica de la vida según la ley.²

2.2. NUEVO TESTAMENTO

El Nuevo Testamento ha asumido la doctrina vetero-testamentaria de la pedagogía paterna de Dios, pero aplicándola no ya a Israel carnal, sino al espiritual: La Iglesia.

Ahora se comentará a la sabiduría que nace del Evangelio de Cristo que estará al servicio de la santidad cristiana; que lo entenderemos e interpretaremos a la luz del Evangelio que nos dice: “La ley ha sido nuestro pedagogo hasta Cristo(Gal.3,24). “Porque la ley fue dada por medio de Moisés; la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo” (Jn.1,17)”.

Hb.12,5-8

² Cf. J. CROPPO., Educación cristiana y catequesis, Don Bosco, Madrid 1975, p.17.

“Habéis echado en olvido la exhortación que como hijos se os dirige: Hijo mío no menosprecies la corrección del Señor; ni te desanimes al ser reprendido por El. Pues a quien ama el Señor le corrige, y azota a todos los hijos que acoge. Sufrís para corrección vuestra. Como a hijos os trata Dios, y ¿qué hijo hay a quien su padre no corrige?. Más si quedáis sin corrección, cosa que todos reciben, señal de que sois bastardos y no hijos.

Ap.3,19

“Yo a los que reprendo corrijo”.

Mt.28,18-20

“Toda potestad me ha sido dada en el cielo y en la tierra. Id pues instruid a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo: Enseñándoles a observar cuanto os he mandado y he aquí que yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo”.

-El valor de toda obra, depende de la caridad que hay en ella:

1Tes.2,7-8

“Nos mostramos amables con vosotros, como una madre que cuida con cariño de sus hijos. De esta manera, amándoos a vosotros, queríamos daros no sólo el Evangelio de Dios, sino incluso nuestro propio ser, porque habéis llegado a sernos muy queridos”.

1Co.13,2

“Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad nada soy”.

Col.3,23

“Todo cuanto hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres”.

Col.3,14

“Y por encima de todo esto revestíos del amor, que es el lazo de la unión perfecta”.

La caridad es pues la manifestación del amor expresado en obras.

Fil.2,3

“Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo”.

Rom.13,8-10

“El amor no acaba nunca. Desaparecerán las profecías. Cesarán las lenguas. Desaparecerá la ciencia. Porque imperfecta es nuestra ciencia e imperfecta nuestra profecía. Cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto”.

Gal.6,9-10

“No nos cansemos de hacer el bien; que a su tiempo nos vendrá la cosecha si no desfallecemos. Así que mientras tengamos oportunidad, practiquemos el bien para con todos, pero especialmente con nuestros hermanos en la fe”.

-La enseñanza va unida a la corrección por amor:

Heb.12,5

“Habéis echado en olvido la exhortación que como a hijos e os dirige: Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor; ni te desanimes al ser reprendido por él. Pues a quien ama el Señor, le corrige; y azota a todos los hijos que acoge. Sufrís para corrección vuestra. Como a hijos os trata Dios, y ¿qué hijo hay quien su padre no corrige?, más si quedáis sin corrección, cosa que todos reciben, señal de que sois bastardos y no hijos. Además teníamos a nuestros padres según la carne, que nos corregían, y les respetábamos. ¿No nos

someteremos mejor al Padre de los espíritus para vivir ¡Esto que ellos nos corregían según sus luces y para poco tiempo!; mas El, para provecho nuestro en orden a hacernos partícipes de su santidad. Ciertamente que ninguna corrección es momento penoso; pero luego produce fruto apacible de justicia a los ejercicios en ella”.

1Tm.5,1-2

“Al anciano no le reprendas con dureza, sino exhortale como a un padre; a los jóvenes como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jóvenes, como a hermanas, con toda pureza”.

Ef.6,4

“Padre, no exasperéis a vuestros hijos, sino formadlos mas bien, mediante la instrucción y la corrección según el Señor”.

-Toda educación formativa debe inspirarse en la Sagrada Escritura, porque:

2Tm. 3,16

“Toda escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir y para educar en la justicia”.

-Tendrá su recompensa como toda obra buena:

St.5,20

“Sepa que el que convierte a un pecador de su mal camino desviado, salva su alma de la muerte y cubrirá multitud de pecados”.

Mt.10,42

“Y todo aquel que de beber tan sólo un vaso de agua fresca a uno de estos pequeños, por ser discípulo, os aseguro que no perderá su recompensa”.

Vemos pues que el amor o la caridad, es la esencia de Dios y que el hombre por ser su criatura tiene naturalmente a Dios. Este amor a Dios ha de ser activo, ha de ir unido al

servicio de Dios en primer lugar, y al servicio de los hombres. No puede ser desligado el uno del otro, sino que se complementan por voluntad del mismo Dios. Así lo vemos en:

1Jn. 4,20

“Si alguno dice: “amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios a quien no ve. Y hemos recibido de El este mandamiento: quien ama a Dios, ame también a su hermano”.

Por lo tanto, el fundamento de la educación es la caridad. Se educa, en efecto, por amor a los educandos. San Juan Crisóstomo, el apóstol de la beneficencia ha escrito para expresarla, su más bella y completa definición: “La caridad es el don de sí mismo, y el hombre tiene mucho que dar. Puede darse en tanto que es inteligencia, en tanto que es sentimiento y en cuanto posee los bienes exteriores que satisfacen las necesidades físicas de la vida. Será siempre un acto santo y grato cubrir la desnudez con el paño y el hambre con el pan de la limosna; pero el don de nosotros mismos por la inteligencia y por el sentimiento, es el atributo de la caridad por excelencia”.

2.2.1. El mandamiento nuevo del amor: “como yo os he amado”

En el Nuevo Testamento, Dios revela al hombre que la ley constituye una manifestación parcial y transitoria de su sabiduría por El querida en función de la manifestación acabada y definitiva que se tiene en la gracia y la ley de Cristo. En la antigua ley, el prójimo era únicamente el israelita o el extranjero que vivía en Israel; todavía no alcanzaba la universalidad absoluta, por el contrario en el N.T., es una nota muy importante la caridad evangélica, como veremos en las citas que expondremos a continuación, sobre esta virtud. Vemos que Cristo hizo un llamado continuo a la práctica de la misma.

a. El gran mandamiento de Jesucristo es el “Amor Fraterno”:

Jn.15,12

“Este es el mandamiento mío: que os améis unos a otros como yo os he amado”.

Jn.15,17

“Esto os mando que os améis unos a otros”.

1Jn.3,23

“Y su precepto es que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y nos amemos mutuamente, conforme al mandato que nos dio”.

b. “A pesar de ser antiguo es un mandamiento nuevo por el grado de perfección que Jesús exige y que jamás se le ocurrió a ningún doctor de la Ley, y por el carácter de distintivo que Jesús da para sus discípulos”³.

Jn.13,34

“Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado, que os améis mutuamente”.

1Jn.2,7

“Carísimo, no os escribo un mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo que tenéis desde el principio. Y este mandamiento antiguo es la palabra que habéis oído”.

1Jn.3,11

“Porque este es el mensaje que desde el principio habéis oído: que nos amemos los unos a los otros”.

2Jn.5

“Ahora te ruego, señora, no como quien escribe un precepto nuevo, sino el que desde el principio tenemos; que os améis los unos a los otros”.

1Jn.3,10

³ F. KAISER., El Mensaje Bíblico, Andina, Lima 1979, p.637.

“En esto se conocen los hijos de Dios y los hijos del diablo. El que no practica la justicia, no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano”.

1Jn.4,7-8

“Carísimos, amémonos unos a otros, porque la caridad procede de Dios, y todo el que ama es nacido de Dios y a Dios conoce. el que no ama no conoce a Dios, porque Dios es caridad”.

1Jn.3,14-15

“Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama, permanece en la muerte. Quien aborrece a su hermano es homicida, y ya sabéis que ningún homicida tiene en sí la vida eterna”.

1Co.13,1-3

“Si hablando lenguas de hombres y de ángeles, no tengo caridad, soy como un bronce que suena o címbalo que retiñe. Y teniendo el don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia y tanta fe que trasladara los montes, si no tengo caridad, no soy nada y repartiere toda mi hacienda y entregase mi cuerpo al fuego, no teniendo caridad, nada me aprovecha”.

1Co.16,22

“Si alguno no ama el Señor, sea anatema”.

d. Este mandamiento del amor, ocupa un lugar destacada en el Sermón de la Montaña; aquí Jesucristo promulga la ley fundamental del Evangelio.

Mt.5,7-8

“Bienaventurado los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.
Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios”.

Mt.5,21-24

Habéis oído que se dijo a los antiguos: no matarás, el que matare será reo de juicio. Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio, el que le dijere “imbécil” será reo ante el sanedrín, y el que dijere loco será reo de la gehena de fuego. Si vas, pues a presentar una ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano y luego vuelve a presentar tu ofrenda”.

Mt.5,38-42

“Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente. Pero yo os digo: no resistáis al mal, y si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra, y al que quiera pleitear contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto; y al que te obligue a andar una milla, vete con él dos. Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien te pido algo prestado”.

Mt.5,43-48

Habéis oído que fue dicho: amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo . Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos?. Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más ¿No hacen estos también los gentiles?. Se, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial”.

Mt.6,14-15

“Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados”.

Mt.7,1-2

“No juzguéis y no seréis juzgados, porque con el juicio con que juzgaréis seréis juzgados, y con la medida con que midiereis se os medirá”.

Mt.7,12

“Por eso, cuanto quisierais que os hagan los hombres a vosotros, hacedlo vosotros a ellos, porque esta es la ley y los profetas”

e. San Lucas resume las enseñanzas del Sermón de la Montaña sobre la caridad de la siguiente forma:

Lc.6,27-35

“Pero yo os digo a los que escucháis: amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, bendecid a los que os maldigan, rodad por los que os maltratan”.

Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra, y al que te quita el manto, no le niegues la túnica. A todo el que te pida, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames, y lo que quieras que hagan los hombres, hacedlo vosotros igualmente. Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que les aman. Si hacéis bien a los que os lo hacen a vosotros ¿qué mérito tenéis?, también los pecadores hacen otro tanto. Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis?, también los pecadores prestan a los pecadores para recibir lo correspondiente. Más bien, amad a vuestros enemigos, haced el bien, y prestad sin esperar nada a cambio; y vuestra recompensa será grande y seréis hijos del Altísimo, porque El es bueno con los ingratos y perversos

Lc.6,36-38

“Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena apretada, remecida hasta rebosar, pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque con la medida con que midáis se os medirá a vosotros”.

f. Después de Dios, el amor al prójimo es el precepto más importante:

Mt.22,34-40

“Más los fariseos al enterarse de que Jesús había tapado la boca a los saduceos, se reunieron en grupo, y uno de ellos le preguntó con ánimo de ponerle a prueba: “Maestro, ¿cuál es el mandamiento mayor de la ley?, El les dijo: “Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a este: amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden la ley y los profetas”.

g. El amor al prójimo es inseparable del amor a Dios. El mismo lo pide como una prueba del amor que se le profesa, como vemos en:

1Jn.4,20

“Si alguno dijere: amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues, el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve”.

1Jn.5,2

“Conocemos que amamos a los hijos de Dios, en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos”.

1Jn.4,12

“A Dios, nunca le vio nadie, si nosotros nos amamos mutuamente, Dios permanece en nosotros y su amor es en nosotros perfecto”.

h. La caridad es la “ley Real”, el vínculo que nos une y nos lleva a la perfección, por lo tanto es lo único que vale ante Dios, para la salvación de nuestras almas y consecuentemente favorece la concordia en la humanidad.

St.2,8

“Si cumplís plenamente la ley regia según la Escritura: amarás a tu prójimo como a ti mismo, obráis bien”.

Col.3,14

“Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el lazo de la unión perfecta”.

Ga.5,6

“Que nadie os engañe con vanas razones, pues por eso viene la cólera de Dios sobre los rebeldes”

1Co.13,2

“Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad, nada soy”.

i. La caridad es el todo de la vida cristiana, es decir que abarca todo, porque justamente imita perfectamente a Dios:

Ef.5,1-2

“Sed pues imitadores de Dios, como hijos queridos y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por vosotros como oblación y víctima de suave aroma para Dios”.

1Ts.4,9

“En cuanto al amor mutuo no necesitáis que os escriba, ya que vosotros habéis sido instruidos por Dios para amaros mutuamente”.

1Jn.4,11

“Queridos, si Dios nos amó de esta mentira, también vosotros debéis amaros uno a otros”.

j. La caridad ha sido derramada e nuestros corazones por el Espíritu Santo, por lo tanto es uno de sus más precioso frutos ¿cómo dudar, pues que también recibiremos la plena glorificación de la eterna bienaventuranza?, confesamos nuestra seguridad de salvación con sagrada alegría⁴.

Ro.5,5

“y la esperanza no falla, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado”.

2Co.13,13

“Ahora subsiste la fe, la esperanza y la caridad, esta tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad”.

Ga.5,22-23

“Los frutos del Espíritu son: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Contra estos no hay ley”.

j. Habiendo recibido el Espíritu Santo comunicación de la caridad de Cristo, hemos de tomar ejemplo del mismo Señor, es decir, no formuladas en palabras, sino demostrada en la obra. Cristo dio su vida por nosotros, también nosotros debemos dar, si es necesario, la vida por los hermanos.

1Jn.3,16

“En esto hemos conocido la caridad, en que El dio su vida por nosotros, y nosotros debemos dar nuestra vida por nuestros hermanos”.

⁴ Cf. F. KAISER., El Mensaje Bíblico, Andina, Lima 1979, p.706.

Fil.2,2-5

“Que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir, con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad, ni por vana gloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Sentid entre vosotros lo mismo que Cristo”.

Col.3,12-13

“Revestíos, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente, si alguno tiene queja contra otro. Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros”.

Ef. 4,32

“Se más bien buenos entre vosotros, entrañables, perdonándoos mutuamente como os perdonó Dios en Cristo”.

k. La caridad es quien “edifica” a la Iglesia, cuya cabeza es Cristo. Por eso desde su fundación, la Iglesia aparece como una comunidad de hermanos unidos en el Cuerpo Místico de Cristo.

Ef.4,15

“Siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta aquel que es la cabeza de Cristo”.

Hch.2,44-45

“Todos los creyentes vivían unidos y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes, y repartían el precio entre todos, según la necesidad de cada uno”.

Hch. 4,32.34-35

“La multitud de los creyentes no tenían sino un solo corazón y una sola alma. Nadie llamaba suyo a los bienes, sino que todo lo tenían en común. No había entre ellos ningún

necesitado, porque todos los que poseían campos o casas los vendían, traían el importe de la venta, y lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según sus necesidades”.

Hb.13,16

“De la beneficencia y de la mutua asistencia no os olvidéis, que en tales sacrificios se complace Dios”.

1. Los apóstoles insisten repetidas veces en sus exhortaciones, la mutua concordia y entrañable caridad de unos con otros. Por eso San Pablo se preocupa ante todo, de inculcar la caridad entre los cristianos. Y no olvida recordarles que el amor de Dios y de Cristo son una misma realidad. Cristo no solamente manifiesta su amor, sino que hace presente en el mundo el amor de Dios.

2Ts.3,5

“El Señor guíe vuestros corazones en la caridad de Dios y en la paciencia de Cristo”.

2Co.13,11

“Tened un mismo sentir, vivid en paz, y el Dios de la caridad y de la paz será con vosotros”.

Ef.6,23

“Paz a los hermanos y caridad con fe de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo”.

1Pd. 3,8-12

“En conclusión, tened todos unos mismos sentimientos, se compasivos amaos como hermanos, sed misericordiosos y humildes. No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; por el contrario, bendecid, pues habéis sido llamados a heredar la bendición. Pues quien quiera amar la vida y ver días felices, guarde su lengua del mal, y sus labios de

palabras engañosas, apártese del mal y haga el bien, busque la paz y corra tras ella. Pues los ojos del Señor miran a los justos y sus oídos escuchan su oración, pero el rostro del Señor contra los que obran el mal”.

Debemos practicar el amor a los enemigos. Este es un punto indispensable; y que actualmente no se ve en el docente, al contrario, hay venganza por una falta de respeto, o simplemente por no saber dominar los sentimientos de simpatía o aversión, en este caso; y van contra el alumno a quien hacen que se desanime en el estudio e incluso hasta que repita de año. Por eso, dentro de la comunidad educativa, debe haber un mismo sentir, que es indispensable; lo cual se alcanzará si se evita toda altivez en la persona, haciéndose partidario de la humildad, rechazando de esta manera la soberbia. Esto facilitará a que escuche a los demás, y acepte sus opiniones. Haciendo de esta manera eco de las palabras de Monseñor F. Kaiser:

“Amad
la caridad
porque ella
nos crea,
conforta
y preserva
la comunidad”⁵

No devolver a nadie mal por mal, sino buscar la paz con todos los hombres, no tomando la justicia por cuenta vuestra, sino dejando la cólera, que esto le corresponde a Dios. “Mía es la venganza, yo daré el pago merecido”(Dt.32,35). Por lo cual dice S. Pablo: “No te dejes vencer por el mal; antes bien, vence al mal con el bien”(Ro.12,21).

⁵ F. KAISER., Estrellitas, Sesator, Lima 1982, N.56.

El amor es el resumen de todo cuanto Dios manda. Amar es dar gusto. El amor da gusto a Dios, y no causa ningún mal, sino el bien al prójimo. Lo mismo expresa San Agustín al decir “ama y haz lo que quiera”⁶.

Amar

Es

Dar gusto;

De modo que

El amor

No consiste

En

Sentir

Yo mi gusto;

Consiste más bien

En causar

Yo un gusto

A los demás”⁷.

Dios es caridad, es felicidad. El ama. No hace más, no otra cosa; sólo y siempre ama. El ama haciendo el bien a sus hijos, haciendo felices a sus creaturas, dándoles gusto, alegría, felicidad, y al fin la bienaventuranza. Este es su modo de amar; y no hay otro. Del mismo modo, pues, debe amar nosotros, dando y causando gusto, alegría, felicidad. ¡Amemos!

⁶ Cf. F. KAISER., El Mensaje Bíblico, Andina, Lima 1979, p.726.

⁷ F. KAISER., Estrellitas, SSesator, Lima 1982, n.330.

Agradezcamos a Dios, y hagamos felices a nuestros prójimos, y los más felices resultaremos nosotros mismos. La caridad, el amor hace feliz, y hace santo⁸.

⁸ Cf. F. KAISER., Sermones y meditaciones, “Santidad por medio de la caridad”, Caravelí 1-XI-1971.

CAPÍTULO III

LA CARIDAD EN EL EDUCADOR

Después de contemplar a la caridad, como la virtud cristiana que perfecciona el actuar del hombre, y lo encauza hacia el logro de su fin último; veremos la importancia que tiene la práctica de esta virtud en el proceso educativo. Así mismo el influjo de la caridad, tanto en el educando, como en el educador.

3.1. EL ACTO EDUCATIVO

Afirma San Gregorio Magno que la educación, el gobierno de las almas, es “el arte de las artes”; por lo difícil que resulta la ejecución de esta tarea en la formación del hombre.

El acto educativo, viene a ser toda acción mediante la cual el agente produce un efecto educativo, es decir, un perfeccionamiento en el educando.

Los atributos que especifican como educativo un acto son: Vital, humano, perfectivo o voluntario.

-Es vital en cuanto que, surgiendo de la virtud o capacidad propia del sujeto que lo realiza queda inmanente en él. Por esta cualidad quedan fuera de los actos educativos, tanto los movimientos locales, cuanto los cambios del sujeto, debido a fuerzas extrínsecas.

- Es humano, en cuanto provienen de las facultades especialmente humanas y se dirige a ellas. Quedan fuera de la educación los actos del hombre como ser físico. Por lo mismo se dice que la educación es algo que sólo al hombre atañe.

- Es perfectivo por su intencionalidad o voluntariedad, es decir que todo acto educativo ha de realizarse con conocimiento del fin que se pretende y con la voluntad de alcanzar esa finalidad.

Hablaremos de la educación en forma general, y la definiremos desde su raíz etimológica: “Educación es evolución de dentro afuera. Las voces latinas “ex” y “duco” de las que

deriva esta palabra, apunta a la potencialidad interna del hombre, que la educación debe hacer aflorar al exterior. Podemos decir que la educación es un perfeccionamiento intencional de las facultades específicas del hombre. Si se tiene en cuenta que las facultades son principios de acción, vendremos a concluir que la educación aspira de una manera inmediata a perfeccionar las facultades del hombre, y, a través de ellas, a perfeccionar la persona humana”¹.

La educación es un influjo elevador que prepara al individuo a conducir personalmente su existencia dentro de las sociedades que la circundan vitalmente, y con ello a la inteligente realización de los valores en que se fundan dichas sociedades².

Educación significa desarrollar el pensamiento, el sentimiento y la voluntad del educando; pero como estas tres facultades constituyen modalidades del espíritu; educar es en último término desarrollar el espíritu.

La educación del espíritu, ha de ser sublimizada por los datos de la Revelación, de lo contrario se erraría, ya que “la educación esencialmente consiste en la formación del hombre tal cual debe ser y cómo debe portarse en esta vida terrena para conseguir el fin sublime por el que fue creado, es evidente que, como no puede existir educación verdadera que no esté totalmente ordenada a su fin último, así en el orden actual de la providencia, no puede existir educación completa y perfecta, si la educación no es cristiana”³.

La educación no puede prescindir, en ninguno de sus momentos y de sus niveles de la presencia activa de lo sobrenatural. Necesita de la integración cristiana tanto en el nivel teórico, el conocimiento del sujeto y de los fines de la educación, como en el nivel práctico para lograr el recto uso de la libertad de las virtudes que permiten alcanzar el fin último.

¹ Cf.v. GARCIA HOZ., “Acto Educativo” en Diccionario de pedagogía, Labor, Barcelona 1970, p.291.

² Cf. J. GÖTTLER, Pedagogía Sistemática, Herder, Barcelona 1975, p.67.

³ PIO XI, Divinis illius Magistri, n.3.

El fin primario de la educación es orientar al individuo hasta ponerle en situación favorable para que alcance su fin último: DIOS.

El fin secundario, mira al perfeccionamiento total de la vida humana, que es física y espiritual, intelectual y moral, individual, doméstica y social. Consideramos lo que al respecto nos dice Mons. F. Kaiser:

El fin último	El fin último
del hombre natural	del hombre sobrenatural
es que a Dios	es que a Dios
revelado naturalmente	revelado sobrenaturalmente
la conozca por su inteligencia	la conozca por su inteligencia
	divinizada por la fe.
y le ame por su voluntad,	Y le ame por su voluntad divinizada
	Por la caridad.
para lograr su	para lograr su
dignidad natural	gloria sobrenatural
y su	y su
felicidad natural	Bienaventuranza Sobrenatural ⁴

El relativismo doctrinal ha llevado a la educación a dejar de lado programáticamente el problema del fin último, para dedicarse exclusivamente a trabajar en torno a fines intermedios o inmediatos⁵.

Mas la verdadera educación se propone la formación de la persona humana en orden a su fin último y al bien de las sociedades, de la que el hombre es miembro y en cuyas

⁴ F.KAISER, "El fin último del hombre", en Repertorio, Dogma n.14. Caravelí 1975.

⁵ Cf. A. LIVI., "Educación" en GER, Rialp. Madrid 1972, T.VIII, P.325.

responsabilidades participará cuando sea adulto. Por esto hay que ayudar a los niños, y a los adolescentes teniendo en cuenta el progreso de la psicología, de la pedagogía y de la didáctica, a desarrollar armónicamente sus condiciones físicas morales e intelectuales, a fin de que adquieran gradualmente el sentido más perfecto de la responsabilidad en el resto y continuo desarrollo de la vida, y en la consecución de la verdadera libertad, superando los obstáculos con grandeza de alma.

El hombre por la dignidad humana que posee tiene derecho inalienable a una educación que corresponda a su propio fin, al propio carácter, al diferente sexo y acomodada a la cultura y a las tradiciones patrias, y, al mismo tiempo, abierta a las relaciones fraternas con otros pueblos, para formar en la tierra la unidad y verdadera paz⁶.

3.2. EL EDUCADOR

La educación es la cristalización de los poderes potenciales del niño. En su sentido amplio abarca el conjunto de influencias que sufre el individuo en el período de su formación. En sentido estricto, se limita las intervenciones de los medios sociales de educación organizada: Familia, Estado, Iglesia.

La familia.- Por ser los padres los responsables directos de la vida de los hijos, tienen la gravísima obligación de educar a la prole. Es en la familia donde encontramos a los primeros y principales educadores, ya que una buena educación familiar, podría ser más completa y equilibrada que cualquier otra forma de educación, por fundarse en fuerzas y contrastes que mutuamente se complementan: la paternidad que se emplea en la educación, la severidad y el rigor, cuida de las eventualidades y de la seguridad de la vida; y posee y transmite el conocimiento y la experiencia del mundo y de la época; y la maternidad que

⁶ Cf. GE., n.1.

encarna el afecto y la bondad, prodiga los más exquisitos cuidados y comprende amable y delicadamente todas las necesidades del cuerpo y del espíritu⁷.

El Estado.- Podríamos llamarle educador, en cuanto a su misión en materia educativa, pues él debe apoyar, defender, proteger y promover con sus leyes el derecho de las personas y de la familia, además les toca proteger el derecho a la educación que tienen los hijos, si alguna vez los padres llegan a faltarle⁸.

La Iglesia.- La educación pertenece a la Iglesia especialmente por su doble derecho: Tiene autoridad suprema para enseñar la fe divina; y es madre espiritual, ha de engenderar, nutrir y educar las almas en la vida sobrenatural, por los sacramentos y la enseñanza⁹.

Ayudando de esta forma a promover la perfección de la persona humana, para el bien de la sociedad, y la edificación de un mundo mejor¹⁰.

El educador es la causa eficiente principal de la educación por lo cual opera sobre el alumno, no al propio modo de causa eficiente, perfecta y total, sino subordinándose a la propia virtud que el alumno tiene, operando como agente externo, que pone en movimiento las potencias de éstas¹¹.

El origen de la profesión del educador se pierde en los orígenes históricos. Aquellos hombres, que en los diferentes pueblos poseían cierta cultura general profesional procuraban unirse con algunos discípulos a los que transmitían sus conocimientos, casi siempre aquellos les seguían más tarde para poder vivir en modo adecuado en su propia comunidad. Los contenidos formativos, solían tener fundamentalmente una orientación social. En Grecia, durante el período denominado clásico, los niños se encomendaban a

⁷ Cf. I. SILVA., Hacia un mundo mejor, La Prensa, Lima 1947, p.257.

⁸ AA.VV. Catecismo de la Doctrina Social, Navarrete, Lima 1978, p.68.

⁹ A ROYO MARIN., Espiritualidad de los seglares, BAC, Madrid 1967, p.565.

¹⁰ Cf. GS., n.3

¹¹ Cf. V. GARCIA HOZ, "Educador" en Diccionario de Pedagogía, ob.cit. T.I. p.320.

unos esclavos (pedagogos), que estaban encargados de velar por la conservación de las buenas costumbres, en los niños, y de conducirlos hasta maestros especializados. En Roma, durante los primeros siglos, el padre de familia era en cada hogar, el auténtico educador de los hijos, ayudado por los cuidados de parte de la madre. En la Época clásica, la educación de los niños dependía ya casi exclusivamente de los educadores, que proporcionaban una instrucción que podía denominarse primera enseñanza; el gramaticus, que atendía a la primera fase de la enseñanza secundaria y el rhetor, el cual, haciéndose cargo del joven cuando este tenía 16 años, le preparaba para la correcta escritura y pronunciación de discursos es decir para la elocuencia.

Durante la Edad Media, tenemos noticias de magníficos maestros dedicados por entero a profesión en las escuelas cardenalias y en los centros de cultura superior, como las universidades. En la baja Edad Media, algunos municipios se preocuparon de abrir escuelas públicas para la enseñanza de las artes liberales. Sus maestros eran comúnmente bachilleres titulados que solían impartir sólo los primeros conocimientos culturales.

Los maestros, tal cual hoy los concebimos, aparecen en realidad, durante la Edad Moderna. Surgen primero los “preceptores de príncipes” y, más tarde, cuando se va imponiendo la escuela común y popular, sobre todo, cuando el Estado pasó a regir la instrucción pública, los “maestros de oficio”.

Últimamente el papel de maestro es uno de los más necesarios para cualquier sociedad, aumentando cada vez más sus necesidades y el grado o nivel de la formación requerida para el ejercicio de la profesión¹².

Si bien los primeros y principales educadores los encontramos en el núcleo familiar, debemos considerar también en esta tarea de la educación, a la prolongación y complemento de la misma, como en la escuela, ya que ella coopera dentro de su esfera, al fin general de la educación.

El agente principal de la educación, en la escuela, es el maestro. Sobre él recae la responsabilidad de esta tarea sublime, pero ardua tarea. Por lo mismo queremos presentar sus funciones y cualidades que debe poseer para que su labor educadora sea fructífera. No debemos olvidar que es un verdadero arte saber adaptarse con habilidad a la capacidad infantil, para guiar sus pasos sin cansarlo; y abrirle los horizontes del saber, sin ofuscarle los ojos con demasiada luz.

A. Funciones del maestro

El papel del maestro es uno de los más necesarios en cualquier comunidad. Sin embargo a muchos parece hoy, que la función del magisterio, debido a los adelantos científicos y técnicos, ocurridos últimamente, tendrá casi necesariamente que perder su importancia en razón de la efectividad de la máquina de enseñar y demás ingenios mecánicos. Es indudable que con la aportación de la llamada “Escuela Nueva”, se advirtió un claro cambio en el

¹² Cf. A. POBLADOR DIEGUEZ., “Maestro” en GER, ob.cit., T.XIV, p.714.

concepto de maestro, lo cual no quiere decir, que la importancia y responsabilidad de sus funciones haya disminuido.

Las funciones del maestro moderno, estará condicionada por el objetivo fundamental Procurará la orientación del trabajo del alumno y el control del mismo. Pero su función esencial será la correcta estimulación de las capacidades intelectuales y de adiestramiento, sin embargo no sólo debe fijar su atención en el educando portador de valores, sino en estos valores mismos que ha de sembrar en él, para que se desenvuelvan más tarde. En consecuencia deberá orientarse firmemente hacia la gloriosa jerarquía de valores, para lograr así el verdadero éxito, el copioso fruto de la educación¹³.

B. Cualidades propias del educador

El educador deberá estar cubierto necesariamente de una serie de cualidades en su delicada labor frente a sus educando:

1.Capacidad para conocer de un modo práctico y científico a sus alumnos. Pero no sólo conocimiento antro-psicológico de la naturaleza en general, ni siquiera en lo referente a la naturaleza del niño y del joven, sino una visión clara y exacta de la peculiaridad psico-somática de cada educando en particular¹⁴

2.Paciencia, amor y alegría. Son tres cualidades muy necesarias para el logro de sus objetivos. Sin la paciencia sería imposible hacer avanzar a ciertos alumnos, por la difícil tarea de la cultura.

¹³ J. GÖTTLER., ob.cit., p.158.

¹⁴ IBIDEM., p.159.

“No hagas nada
con violencia,
sino todo
con paciencia,
pero siempre
con perseverancia”¹⁵

En el maestro, la autoridad se ejercita por el amor, o dicho de otro modo, que el amor es condición ineludible que no debe faltar al maestro. Cabe recordar que:

El alma, la vida y el valor
De toda obra
ES EL AMOR;
Y cuanto más grande
Es este amor,
Tanto mayor de la obra
su valor”¹⁶.

No es bueno para el maestro una excesiva severidad, un exagerado afán por ser respetado; debe suscitar confianza, expansión en las almas juveniles, considerando que las mismas tienden por naturaleza a la alegría y al optimismo. La educación, no puede desarrollarse debidamente en un ambiente severo y triste.

¹⁵ F.KAISER., Estrellitas, ob.cit. n.457.

¹⁶ F.KAISER., Estrellitas, ob.cit. n.77.

Enseñaba Monseñor F. Kaiser, a sus misioneras, que si es tan importante que los alumnos reciban sonrientes al profesor, es doblemente esencial que a su vez, éste se presente con su más cordial sonrisa.

Ante un rostro radiante, niños y adultos, se sienten con gusto para escuchar y aprender. En cambio, ante una cara eclipsada por el mal humor, se cierran con aversión y resistencia; no sabemos ser maestros sino sabemos ser alegres¹⁷.

“Sin alegría
poco se avanza,
con alegría
mucho se alcanza”¹⁸.

3. Ecuanimidad. Mucho cuidado deberá poner el maestro para mostrar siempre una gran imparcialidad con los alumnos, dentro y fuera de clase.

El amor debe ir dirigido hacia todos los alumnos por igual, sin acepción. Por ningún motivo mostremos preferencias entre los alumnos, ya que habrá reacciones de dolor, pues se dará cuenta del menosprecio, y reaccionará cerrando su corazón a la acción educadora.

El respeto que debemos a la persona humana, nos obliga a considerar de manera especial su individualidad, ya que ésta es el punto de partida para ayudar a formar su personalidad. Hemos de tener en cuenta la diferencia positiva y negativa de cada educando, en cada terreno y así no incurrir en un estancamiento ritualista del desarrollo, ni en prurito de lograr

¹⁷ Cf. F. KAISER., Sermones y meditaciones, Caravelí 1971, n.2.

¹⁸ F. KAISER., Estrellitas, ob.cit. n.328.

niños precoces. Será necesario contemplar el carácter de cada sexo, la herencia, la peculiaridad social, temperamento, intelectual; la anormalidad física y psíquica del educando²⁰.

4. El maestro deberá ser portador de las cualidades intelectuales que le son propias; no es que se precise una inteligencia brillante, pero sí, un mínimo de orden y claridad mental para poder dominar los conocimientos científicos del nivel respectivo de enseñanza y las relaciones que existen entre los diferentes campos del saber humano.

El Sumo Pontífice Pío XII, dice que “del maestro se exige más sabiduría que ciencia; profundidad, más que extensión de conocimientos.

El maestro es el sembrador que a manos llenas arroja el grano con los campos, escogiendo con acierto el tiempo, el lugar y el modo oportuno, de suerte que ningún grano se pierda, sino que cada uno fructifique abundantemente”²¹. Entre sus cualidades docentes debe poseer:

- Capacidad para el planteamiento y programación del trabajo mensual, semanal y diario. Esto lleva consigo una labor constante de estudio, lo mismo en técnicas que en contenidos de trabajo.
- Capacidad pedagógica específica por la que sepa llegar, con su palabra o sugerencia, a la mente infantil, adaptándose a los modos de comprender a los alumnos. Esa capacidad y facilidad para ponerse a la altura de aquellos que han de recibir la ilustración

²⁰ J. GÖTTLER., ob.cit., p.158.

²¹ Pío XII, “Maestros católicos” en Colección de Encíclicas y Documentos Pontificios, Publicaciones de la Junta Nacional, Madrid 1992, p. 1726.

correspondiente, se logrará merced al buen uso de la capacidad didáctico expresivo, privilegio del verdadero maestro.

Como educadores, se tendrá el anhelo de formar a los niños ejercitándolos en las virtudes humanas: lealtad, valor, amor al deber, a la familia, a la patria. El profesar sus íntimas convicciones sin temor, y con grandeza de ánimo²².

3.3. EL EDUCANDO

El hombre viene al mundo ignorándolo todo, sus infinitas posibilidades se hayan reducidas a la más absoluta impotencia; necesita de todos para todo. Es a través de la educación que se logra la cristalización de sus potencialidades.

Un ser humano será considerado educando, sólo si tiene la capacidad para educarse. Considerándose de esta forma educabilidad propia del sujeto.

Para la educación no existe edad ni sexo, es el proceso que dura, y se mantiene durante toda la vida del individuo.

Acción del educando.

El educando es el sujeto activo de la educación y esta acción se cumple de tres maneras:

- Asimilación. Es la captación de los contenidos y de los valores.
- Transformación de los bienes culturales; al captar los valores los reelabora de acuerdo a su formación, capacidad e individualidad.
- Creación. Es la producción de meros bienes culturales.

²² Cf. IBIDEM., p. 1928.

Cuando se dan estas tres acciones en el proceso educativo y no se queda sólo en lo intelectual, ésta se torna integral y se proyecta la formación del educando en todos sus aspectos.

“Todos los cristianos, puesto que en virtud de la regeneración por el agua y el Espíritu Santo han llegado a ser nuevas creaturas y se llaman o son hijos de Dios, tienen derecho a la educación cristiana la cual no persigue solamente la madurez de la persona humana, antes descrita, sino que busca, sobre todo, que los bautizados se hagan más conscientes cada día del don recibido de la fe, mientras se inician en el conocimiento gradual del Misterio de Salvación; aprendan a adorar, a servir a Dios Padre en espíritu y en verdad (Cf. Jn.4.23); ante todo la acción litúrgica. Y así lleguen al hombre perfecto, en la edad de la plenitud de Cristo (Cf. Ef.4,13), y contribuyan al crecimiento, del Cuerpo Místico. Conscientes además de su vocación, acostúmbrese a dar testimonio de la esperanza que hay en ellos (Cf. 1P.3,15) y ayudar a la configuración cristiana del mundo, mediante la cual los valores naturales, contenidos en la consideración integral del hombre redimido y amado por Cristo, contribuyan al bien de toda la sociedad”²³.

3.4 LA CARIDAD, VIRTUD PREDILECTA DEL EDUCADOR

“Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que como yo os he amado, así también os améis vosotros”(Jn. 13,34).

Este es el mandamiento que el educador, como maestro cristiano debe practicar en la virtud profesional como colega y profesor. Hagamos distinción entre el amor en general y el amor Caridad.

²³ GE. N.2.

“Donde está el bien útil deleitable y honesto, allí se encuentra el amor. Amamos personas y cosas; Amamos a Dios, a nuestros deudos y amigos, a los héroes y a los sabios; amamos bienes espirituales y bienes sensibles, la sabiduría, la riqueza, la salud, amamos el bien real y el bien aparente. Por lo mismo que hay grados en el amor, será necesario imponer el orden correspondiente”²⁴.

“El amor es la fuerza fundamental de todo ser viviente, porque la voluntad tiende a la unión con el bien para el cual ha sido creado, a los bienes espirituales de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno”²⁵.

Decía el Apóstol de los gentiles: “El amor de Dios ha sido derramado en vuestros corazones, por el Espíritu Santo que nos ha sido dado” (Rom.5,5). Este amor sobrenatural, es la virtud teologal de la caridad que en el bautismo Dios nos otorga como don inapreciable.

“El amor a Dios es el fundamento de toda ley moral, el mandamiento principal, el primero en absoluto. La ley natural, la ley mosaica y la cristiana lo imponen como primer deber al hombre. Este mandamiento de Dios brota y a Dios se dirige. Nuestra perfección consiste, en unirnos a Dios con amor, por lo mismo que El ha sido una naturaleza al hombre. Este mandamiento de Dios brota y a Dios se dirige. Nuestra perfección consiste, en unirnos a Dios con amor, por lo mismo que El ha dado una naturaleza al hombre, que debe perfeccionarse en la vida con los demás; la convivencia armónica, la ayuda sincera y abnegada que debemos prestarnos los unos a los otros, el amor al mismo enemigo, es medio necesario para llegar a la meta del orden moral”²⁶.

²⁴ Cf. A. KOCH, y a SANCHO., “La vida del hombre” en Docete, Herder, Barcelona 1958, p.251 ss.

²⁵ A. BARTH, Enciclopedia Catequética, Paulinas, Madrid 1963, T.II, p.362.

²⁶ Cf. A. KOCH, y A. SANCHO., “El hombre y Dios” ob.cit., T.V., p.423.

Para el maestro como profesional, podemos hablar de una caridad social, que sin embargo no es distinta de la caridad general. Es la misma virtud sobrenatural que nos inclina a amar a nuestros semejantes por el motivo de la filiación divina. La caridad ve en el semejante una criatura de Dios.

En moral profesional conviene advertir que la caridad impone graves obligaciones ante Dios. La cruz de Cristo es el gran argumento de la necesidad que impone la caridad de amar hasta a los más encarnizados enemigos. El maestro, está pues obligado, como cualquier otro profesional, a llevar una vida cristiana en medio de sus afanes diarios. No ha de olvidar que es hijo de Dios, y que a El debe obedecer.

Así pues, se le ofrece al maestro, la oportunidad de transformar, en cierto modo, la vida humana y natural de sus discípulos, en vida natural y sobrenatural, guiado por el precepto supremo del amor que se alegra con la verdad, que sirve a los demás, que es paciente, y que no se acaba nunca, porque su autor es Dios (Cf.1Co.13).

CONCLUSIÓN

“Aunque hablara las lenguas de los hombre y de los ángeles, si no tengo amor, soy como bronce que suena o címbalo que retíne”(1Co. 13,1).

Consideramos que:

Siendo la caridad, la virtud más excelsa y reina de todas las virtudes, el maestro y todo educador debe cultivarla, a fin de obtener el éxito de su labor educativa.

La Sagrada Escritura es fuente de la enseñanza del amor, sus múltiples citas, en el Antiguo y Nuevo Testamento, evidencian la necesidad de poseerla y practicarla.

Reconocemos que el educador cristiano, por se hijo de Dios, debe conocer, vivir y fomentar la virtud sobrenatural del amor, haciéndola base de su espiritualidad, en el desempeño de su labor docente.

RECOMENDACIONES

A través de la parroquia, organizar con los niños que se preparan a recibir los sacramentos de Primera Comunión y Confirmación, la ayuda caritativa en bien de los más necesitados; considerando sus propias posibilidades económicas.

Inculcar en los docentes y alumnos la necesidad de practicar la caridad mutua; sirviendo de esta manera de ejemplo a la comunidad.

A través de charlas, incentivar al educador, a fin de que sepa fundamentar los criterios de su labor en esta única ley suprema que es la caridad.

Realizar encuentros familiares, procurando la participación de padres e hijos, a fin de dialogar sobre la importancia de la práctica de la caridad en el hogar, y las ventajas que reporta.

BIBLIOGRAFÍA

FUENTES:

BIBLIA DE JERUSALEN, Descleé de Brower, Bilbao 1970.

BIBLIA COMENTADA, Texto de Nacar Colunga, BAC, Madrid 1964.

COLECCIÓN DE ENCÍCLICAS Y DOCUMENTOS PONTIFICIOS, Publicaciones de la Junta Nacional, Madrid 1962.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA, ASS, Editores Litúrgicos, Madrid 1992.

CATECISMO DE LA DOCTRINA SOCIAL, Navarrete, Lima 1972.

DOCUMENTOS DEL VATICANO II, BAC, Madrid 1975.

PIO XI, Divini Ilius Magistri, Paulinas, Buenos Aires 1929.

IV CONFERENCIA EPISCOPAL LATINOAMERICANO, Santo Domingo, Conferencia Episcopal Peruana, Lima 1992.

TEXTOS:

AQUINO, Tomás Suma Teológica, versión de Barbado Faco, BAC, Madrid 1959.

BARTH, Alfredo, Enciclopedia Catequética, Paulinas, Madrid 1963.

CABODEVILLA, José, Carta a la caridad, La Católica, Madrid 1966.

GÖTTLER, José, Pedagogía Sistemática, Herder, Barcelona 1975.

KAISER, Federico, Mensaje Bíblico, Andina, Lima 1979.

KOCH, Antonio y SANCHO, Antonio, Docete, Herder, Barcelona 1958.

NASIFF, Raúl, Pedagogía General, CEMEDUNE, Chosica 1990.

ROYO MARIN, Antonio, Jesucristo y la vida cristiana, La católica, Madrid 1961.

ROYO MARIN, Antonio, Espiritualidad de los seglares, BAC, Madrid 1967.

SILVA, Irene, hACIA UN MUNDO MEJOR, La Prensa, Lima 1947.

DICCIONARIOS Y ENCICLOPEDIAS

DICCIONARIO DE BIBLIA, Ausejo Serafín, Herder, Barcelona 1963.

DICCIONARIO DE PEDAGOGÍA, García Hoz, Víctor, Labor, México 1959.

ENCICLOPEDIA ILUSTRADA CUMBRE, Cumbre, México 1959.

GRAN ENCICLOPEDIA RIALP, Rialp, Madrid 1972, T. XIV.

OBRAS INEDITAS

KAISER, Federico, Repertorio, Caravelí, 1975.

Sermones y meditaciones n.3. Caravelí 1971.